

En el cincuenta aniversario
de la muerte de Pablo Iglesias

Informe al Congreso Internacional de Zurich, 1893

Por Víctor Manuel ARBELOA

El Partido Socialista Obrero Español, fundado el 2 de mayo de 1879 en Madrid por Pablo Iglesias y un grupo de compañeros, aparece por primera vez en un documento internacional, con las firmas de Iglesias y Francisco Diego—entonces secretario del partido—, a primeros de 1889, con motivo de la convocatoria al Congreso de París lanzada por la comisión organizadora del mismo.

El Congreso tuvo lugar en la Sala Petrelle de la capital francesa, los días 14 al 21 de julio del mismo año. A él acudieron las figuras más relevantes del socialismo: Bebel, Liebknecht, Bernstein, Vanderverlde, Clara Zetkin... Entre ellos, los fundadores españoles, José Mesa y Pablo Iglesias. El Congreso, reafirmando la necesidad de la acción política de la clase obrera, aprobó una resolución sobre legislación protectora y efectiva del trabajo, acordó la celebración de la jornada del 1 de mayo y condenó los ejércitos permanentes.

En la Casa del Pueblo de Bruselas se celebró el II Congreso de la nueva internacional, durante los días 16 al 23 de agosto de 1891. Por España asistió Pablo Iglesias y una delegación anarquista, que, tras una violenta discusión y unas palabras clarificadoras de Iglesias, fue rechazada por el Congreso, teniéndose que retirar de él ruidosamente. El Congreso trató de puntos como la legislación obrera, derecho de asociación, cuestión judía, sufragio universal, alianza con los partidos burgueses, 1 de mayo y organización obrera internacional. Iglesias presentó un informe escrito, en nombre del partido socialista español:

«Nuestro partido se compone actualmente en España de 39 agrupaciones diseminadas por todos los rincones de la Península. Después de las manifestaciones obreras del primero de mayo último, que han sido muy importantes, el partido aumentó considerablemente sus fuerzas. La propaganda realizada con ocasión de las últimas elecciones legislativas ha contribuido mucho a este resultado. En estas elecciones, a pesar de la falta casi total de medios y no obstante una organización electoral incipiente, ineficaz, hemos obtenido cinco mil votos.

En las últimas elecciones municipales han triunfado cuatro candidatos socialistas: tres en Bilbao y uno en La Arboleda, en el sector minero de Vizcaya.

El partido publica cuatro periódicos semanales: **El Socialista**, en Madrid; **La Guerra Social**, en Barcelona; **El Grito del Pueblo**, en Alicante, y **La lucha de Clases**, en Bilbao.

En cuanto a las organizaciones de resistencia, es decir, asociaciones y federaciones corporativas, no pertenecientes al partido, éste las secunda y las apoya por todos los medios posibles, concretamente durante las huelgas.

Nosotros tenemos una Unión General de Trabajadores, donde son admitidas todas las federaciones o sociedades de resistencia. Existen cuatro federaciones de oficio: obreros de la industria lanera, cerrajeros, toneleros y tipógrafos. Esta última forma está llamada en breve plazo a agrupar a la mayoría de las sociedades de resistencia.

En cuanto a las instituciones protectoras del trabajo y de los trabajadores, todo está por hacer en España. Apenas si existe legislación obrera. La ley concerniente a los niños, votada en 1873 bajo la República, jamás ha sido aplicada.

El Senado acaba de aprobar un proyecto estableciendo el descanso dominical. En el proyecto domina el espíritu religioso. Hasta la próxima reunión este proyecto no será discutido en el Parlamento. Por su parte, el Gobierno, de acuerdo con la Comisión de Reformas Sociales, constituida después de muchos años, pero que jamás ha reformado nada, ha elaborado dos proyectos de ley que aún no han sido presentados a las Cámaras: uno, sobre el trabajo de la mujer y del niño; otro, sobre los inválidos del trabajo.

Si a todo esto se añade la crisis agrícola e industrial que impera en España y, como consecuencia, la falta de trabajo, se comprenderá que los obreros españoles se encuentran muy dispuestos a acoger las doctrinas socialistas. Las desconsideraciones, la impopularidad en que han caído todos los partidos burgueses, sin ninguna excepción, contribuyen poderosamente a crear esta situación completamente favorable al crecimiento de nuestras fuerzas.

El secretario, **Pablo Iglesias**» (1).

Al III Congreso Internacional, tenido en Zurich, del 6 al 13 de septiembre de 1893, asistieron Pablo Iglesias, por el Partido Socialista, y Antonio García Quejido, por la Unión General. Además de otros temas comunes, ya tratados en anteriores Congresos, el de Zurich debatió los de la actitud de la socialdemocracia en caso de guerra, la protección de la mujer trabajadora, la organización nacional e internacional de los sindicatos y de la socialdemocracia y, sobre todo, hizo hincapié, frente a los anarquistas e «independientes», en la necesidad de la lucha política junto a la económica, que debería ser determinada según las circunstancias por las diversas nacionalidades, colocando en primer plano el propósito revolucionario, sin

(1) Amaro del Rosal: **Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX**, México, 1958, pág. 379.

que la acción política pudiera servir nunca para compromisos o alianzas que afectaran a los principios e independencia de los partidos socialistas.

Pablo Iglesias presentó al Congreso el informe que va a continuación, que he encontrado escrito en francés en la biblioteca del «Internationaal Instituut vóór Sociale Geschiedenis» de Amsterdam, y, que yo sepa, nunca ha sido publicado en castellano.

El informe es mucho más completo que el presentado al Congreso anterior. Después de una sucinta relación de datos estadísticos sobre la población obrera y grado de instrucción, el secretario del Partido Socialista pasa a hacer un recuento de los logros obtenidos en el número de secciones, en la ampliación de la prensa obrera socialista, en las elecciones legislativas. El informe es una fuente preciosa, que habrá que cotejar con otras menos oficiales, sobre el desarrollo del socialismo español en el último período del siglo XIX, casi a los principios de su expansión.

Una buena parte del documento suscrito por Iglesias se dedica a combatir, como era frecuente en esa época en todos los escritos de los socialistas españoles, a sus enemigos políticos, los republicanos, y a sus enemigos dentro de la misma clase, los anarquistas. Contra ambos, el Partido Socialista mantiene una guerra implacable—Iglesias habla de «anular» sus fuerzas por completo—, aunque dentro de muy pocos años—siguiendo, es verdad, nuevos planteamientos de los Congresos Internacionales—cambie la táctica respecto de los republicanos, hasta conseguir, con ayuda de éstos, el primer triunfo en las elecciones legislativas de 1910.

La celebración del 1 de mayo en España es también objeto del análisis del Partido Socialista: sus primeras conmemoraciones han sido todo un éxito. También se exponen las relaciones entre el partido y la organización societaria; la penetración del socialismo entre los intelectuales, etc.

La nota de internacionalismo socialista la da la satisfacción sentida por los miembros del partido obrero español ante el éxito de sus compañeros alemanes. Ni falta tampoco la realista reflexión sobre la insignificancia de los pasos dados por el partido español ante algunos partidos europeos que también presentan sus informes al Congreso. Pero, consideradas al mismo tiempo las dificultades con que se ha encontrado la recientemente emprendida lucha de clases en nuestro país, los resultados obtenidos no dejan de ser relativamente importantes.

Escena emocionante para todos fue la alocución de Engels en la sesión del 12 de agosto. Engels saludó con alegría «la nueva, más fuerte, invencible Internacional». Echando una mirada atrás, sobre los cincuenta y dos años transcurridos, mirando algunas grandes ciudades europeas, podía proclamar que Marx y él no habían luchado en vano y podían contemplar su obra «con orgullo y satisfacción».

Iglesias no pudo saludar a Engels. Pequeñas dificultades de organización y de horarios lo impidieron. Ambos lamentan esta ocasión perdida en la correspondencia que se cruzan a raíz del Congreso, y que espero publicar en esta misma Revista en uno de los próximos números.

INFORME DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL EN EL CONGRESO INTERNACIONAL DE ZURICH, 1893 *

«Aunque en menor proporción que en otros países, el socialismo español ha aumentado desde el último Congreso Internacional celebrado por los obreros en agosto de 1894.

Será suficiente exponer alguna información para justificar la relativa lentitud con que progresan en España las ideas socialistas. Según una reciente publicación del Instituto Geográfico y Estadístico, la población de nuestro país en 1889 era de 17.552.346 habitantes. Las cifras siguientes indican el grado de instrucción de estos habitantes: 602.005 saben sólo leer, 5.004.470 que saben escribir y 11.945.871 que no saben siquiera leer.

Las cifras que siguen revelan el desarrollo o poder económico: 4.854.742 individuos estaban empleados en la agricultura, pastos y otras industrias similares; 243.867 trabajaban en la industria, fábricas, etc.; 194.755, en el comercio; 115.763, en los transportes y en el acarreo; 42.565, empleados particulares y en los ferrocarriles; 823.300, en artes y oficios; 409.549, dedicados a servicios personales, domésticos y otras ocupaciones.

Aunque, en España, la mayor parte de la propiedad territorial esté en manos de algunos parásitos, existen, sin embargo, muchos pequeños propietarios, y no hace falta decir que, en la actualidad, la vida de estos últimos es especialmente difícil y que se convertirán en poco tiempo en simples asalariados.

A pesar de los inconvenientes causados por la falta de educación de las masas obreras y el nulo desarrollo de las fuerzas productivas, las ideas socialistas ganan cada día terreno entre los trabajadores y encuentran prosélitos, sobre todo, en los centros industriales.

El Partido Socialista, cuando se llevó a cabo el Congreso Internacional de Bruselas, contaba con 30 grupos; hoy existen 50, de los que 6 pertenecen a los trabajadores agrícolas.

En 1891, la prensa del partido contaba solamente con cuatro periódicos; hoy se compone de siete, que se publican: **El Socialista**, en Madrid; **La Guerra Social**, en Barcelona; **El Grito del Pueblo**, en Alicante; **La Bandera Roja**, en Palma de Mallorca; **El Obrero**, en El Ferrol; **La Lucha Obrera**, en Santander; **La Igualdad**, en Bilbao.

En las elecciones legislativas, en el mes de marzo último, el Partido Socialista obtuvo 7.000 votos, 2.000 más que en las elecciones anteriores de 1890.

El número total no es más considerable que la diferencia; pero teniendo en cuenta que el Partido Socialista no posee todavía una organización sólida, que dispone de pocos recursos económicos y que la mayor parte se compone de nuevos adeptos en la lucha electoral, se comprenderá que este número de votos es más considerable que lo que parece a primera vista. Además, nuestro partido no solamente ha tenido que luchar contra todos los partidos de la burguesía y principalmente contra las facciones repu-

* **Le Parti socialiste ouvrier espagnol au Congrès International de Zurich 1893**, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, Miguel Servet, 13, 4 páginas.

blicanas, que le hacen una guerra a ultranza, sino que también ha despertado contra él el entusiasmo de un gran número de trabajadores que se han inclinado hacia la coalición de las facciones republicanas, entusiasmo excitado por el planteamiento de un éxito electoral al que atribuían proyectos revolucionarios.

La campaña emprendida contra nuestro partido por las facciones políticas más avanzadas de la burguesía ha sido escandalosa hasta el último punto: comenzando por la calumnia contra los candidatos socialistas hasta la imposición, la subordinación, el aborregamiento de los electores; en fin, todos los medios reprobados fueron utilizados por los republicanos. La fracción más avanzada de este partido, los federales, llegaron en Villanueva y Geltrú, donde son los dueños de la alcaldía, hasta pagar a individuos para que silbasen y abucheasen a nuestro correligionario Pablo Iglesias a su llegada y a su salida de esta ciudad, impidiéndole exponer el programa de nuestro partido.

A fin de que nuestros correligionarios de otras naciones no lo ignoren, porque tienen de los republicanos españoles una idea muy equivocada, diremos que nunca los republicanos nos han propuesto coaliciones de ninguna naturaleza, ni con ningún fin, y que si nos las hubieran propuesto las habríamos rechazado, por estar en oposición con la lucha de clases. Todos sus deseos se reducen a obtener nuestra participación en las elecciones y a su favor, o bien a que nosotros no presentemos candidatos, es decir, a la anulación de nuestro partido. Estos partidos republicanos saben perfectamente que en la actualidad no podemos vencer a sus candidatos y, en consecuencia, disminuir sus fuerzas en la Cámara; pero como comprenden que en un tiempo más o menos lejano las masas obreras se asociaban al Partido Socialista, de ahí la guerra implacable a que someten a nuestro partido. No luchan por el mal que hoy les hacemos, sino a causa de las fuerzas que les quitaremos en el porvenir.

El hecho de que sean ellos principalmente, porque representan un equívoco, y no los partidos monárquicos, caídos en desgracia a los ojos de los trabajadores—que también el Partido Socialista debe combatir—, quienes observen una conducta reaccionaria y burguesa en todas las cuestiones planteadas entre el Estado y los trabajadores, o entre éstos y los patronos, obliga a los socialistas a criticarlos a menudo.

De otro lado, sabiendo que el partido republicano no puede llegar al Poder, mientras no acreciente cada día más su carácter burgués y conservador, y que, una vez en el Poder, sus reformas políticas tendrán poca trascendencia—pues los monárquicos, maniobrando con astucia, les habrán quitado la parte principal de sus objetivos, concediéndoles la libertad de expresión y el sufragio universal—, el Partido Socialista no tiene ninguna consideración hacia ellos y busca no solamente disminuir sus fuerzas, sino también anularlas por completo.

En suma, llegados a ese punto, llegaremos también a que los trabajadores abandonen la política burguesa y entren en el verdadero camino revolucionario.

Los elementos anarquistas, que cada día cuentan con menos fuerzas en España, no han cesado de ayudar a los republicanos en su campaña contra el Partido Socialista. Acordándose, sin duda, de que en el fondo de su idea anárquica se descubre el individualismo, consideran como una especie de obligación unirse con aquellos que combaten más encarnizadamente a los

que luchan por el advenimiento del sistema comunista o colectivista. Por su parte, los republicanos corresponden a esta generosidad de los anarquistas. Cada vez que se encuentran obligados a ocuparse de unos y de otros, sean socialistas o anarquistas, dan su visto bueno a estos últimos. La mejor prueba de que los anarquistas no hacen daño a los republicanos es que, aunque los primeros prediquen la abstención, los últimos no les atacan por este motivo, y guardan todas sus fuerzas para combatir a los socialistas. Es verdad que los anarquistas, después de haber vociferado contra el sufragio, han llegado a votar por los republicanos y por otros candidatos pertenecientes a la burguesía.

La manifestación del 1.º de mayo adquiere cada año más importancia en España; cumpliendo fielmente la resolución del Congreso Internacional de Bruselas, los socialistas han celebrado dicha manifestación el 1.º de mayo de 1892, lo mismo que este año. Habiéndose prohibido la manifestación en la vía pública, ha tenido lugar en un local cerrado. Si el año pasado los «meetings» fueron numerosos, este año lo han sido más todavía, aunque se han celebrado en día de trabajo.

En todas las grandes poblaciones se han reunido miles de obreros para reclamar la legislación protectora del trabajo, legislación acordada en París, y, sobre todo, la jornada legal de ocho horas.

En Madrid, más de 40.000 obreros se han reunido en los jardines del Buen Retiro, y más de 4.000, a la tarde, en el teatro de Madrid; en Barcelona, la asistencia fue extraordinaria; en Valencia asistieron más de 5.000 personas; en Málaga tuvo lugar un gran mitin, de modo que en todas las ciudades ya nombradas el entusiasmo fue general. Se han repetido los mismos hechos en Sestao, Burgos, Zamora, Bilbao, Mataró, Ferrol, Zaragoza, Eliche, Oviedo, Granada, Santander, Tarragona, Coruña, Cala de Benagalbón, Olesa de Montserrat, San Juan de Vilasar, Terque, Alicante, Palma de Mallorca, Pueblo Nuevo del Mar, Gijón, Almería, Játiva, Linares y otras poblaciones.

La manifestación, que en años precedentes había sido turbada por los anarquistas con un comienzo de huelga general, se ha desarrollado tranquilamente y con orden estos dos últimos años, y el proletariado activo español ha dado pruebas de una cohesión y de una unidad de ideas extraordinaria.

La Prensa de la burguesía, queriendo quitar este último año importancia al movimiento, silenció totalmente los trabajos preparatorios; pero el interés que esta fecha célebre ha despertado, haciendo salir de los talleres a la mayor parte de los obreros, anuló sus cálculos totalmente.

Aunque la organización del Partido Obrero se ha separado totalmente de la organización puramente societaria, esta última ha prestado, sin embargo, su apoyo a las huelgas sostenidas por las sociedades obreras; todavía más, los oradores del partido no se han reducido a predicar las ideas socialistas, sino que han extendido también las de la asociación, y han recomendado a los obreros su entrada en la Unión General de Trabajadores, organización que aspira a mejorar las condiciones de estos mismos por medio de las huelgas y de la reclamación a los poderes públicos de leyes favorables para los explotados.

El movimiento socialista, que hasta estos días se compuso casi exclusivamente de trabajadores manuales, comienza ya a contar entre sus miembros con hombres dedicados a las letras, a las ciencias, etc. En las filas

de nuestro partido figuran ya médicos y tenemos la convicción de que poco a poco contaremos entre nosotros con hombres que pertenecen a todas las profesiones científicas.

Los constantes triunfos de los elementos socialistas que marchan a la vanguardia del movimiento obrero internacional y la propaganda hecha por nuestro partido cuando ha tenido medios han conseguido que los obreros intelectuales españoles hayan fijado su atención en las teorías socialistas y que las sometan a un estudio continuo.

Si, como esperamos, su venida a nuestro partido coincide con un mayor grado de concentración de las fuerzas productivas españolas, la causa de la emancipación recibirá entre nosotros un gran impulso.

El magnífico triunfo obtenido por los socialistas alemanes, considerado como propio por los socialistas españoles, ha sido celebrado por estos últimos con «meetings» y veladas en las que se ha recomendado a todos imitar la conducta de los que, dentro de una bien entendida unión, propagan la doctrina que debe reunir a los esclavos del capital y emancipar a toda la Humanidad.

De todo lo que acabamos de exponer se sigue que los progresos realizados en estos dos últimos años por el Partido Socialista Obrero Español, comparados a los que han obtenido los partidos socialistas de otros países, han sido, en realidad, insignificantes; pero si se consideran las dificultades contra las que ha sido preciso luchar en España para atraer a los obreros a la lucha de clases, tendremos que reconocer que los resultados obtenidos en este tiempo son relativamente importantes y demuestran que todos los socialistas españoles tenemos una voluntad y un celo constantes para defender los principios revolucionarios e igualitarios.»